

co. Pensad siempre en el bolsillo del pantalón y en la caja de hierro, porque el estudio de la medicina tiene por único y exclusivo objeto llenar lo mejor y más pronto posible estos dos compartimentos de la estrella doble.

Tener plata es el fin supremo de la vida y la única fórmula conocida (consultese los recetarios) para llegar a la felicidad perfecta. Es inútil que el pobre diablo de moralista francés Carlos Wagner, que fué llamado expresamente para dar conferencias en los Estados Unidos por el Presidente Roosevelt, pretenda engatuzarnos con la canción de la «Vida simple», digno «pendant» de la insulsa «Vida intensa»; es más inútil que el infeliz evolucionista Spencer dedique largos párrafos numerados a la «simpatía» y nos cuente que los placeres sólo pueden obtenerse en este mundo por medio del trabajo, y es mucho más inútil que el paradójal y antiuniversitario Le Bon escriba, en bastardilla, que «la elevación de un carácter puede medirse por la fuerza inconsciente de su moralidad». Todas estas son bellas teorías y bellas palabras que se destruye fácilmente con el hecho conocido de que todo el mundo se inclina reverente ante el millonario y que nuestra felicidad no puede depender de otra cosa sino del número de cabezas que se inclinan ante nuestro paso. Tantos pesos, tantas cabezas.

Tienen razón las cabezas que son, al fin y al cabo, las únicas que pueden tener razón: la fortuna lo contiene todo. El millonario es inteligente, distinguido y hasta buen mozo. Y aun admitiendo por chacota la absurda hipótesis contraria, siempre resultaría que el millonario podría pagar un hombre inteligente para que pensara por él, un hombre distinguido para que se distinguiera por él, y un buen mozo para que hiciera el amor por él.

Bien, pues; hay que tener en cuenta, entonces, que no sólo se estudia medicina porque es indispensable y epidémico en nuestra tierra ser doctor en cualquier cosa, sino, principalmente, por aquello del bolsillo, de la es-

trella doble y de las cabezas que se inclinan «como las flores del perfumado verjel al soplo del blando cefirillo» que dicen los poetas.

Así, pues, jóvenes estudiantes que ingresáis en la Facultad de Medicina, no abandonéis nunca este ideal primer motor y arreglad vuestra conducta para la pronta obtención del fin glorioso y para la rápida realización de vuestras bellas esperanzas.

Para esto es necesario seguir, ante todo, un método de estudio práctico y lógico, es decir, es necesario estudiar «universitariamente». Se entiende por esto último estudiar para pasar en el examen y no para saber, porque el que estudia para saber corre el riesgo inmediato de hacerse reprobar y el remoto del fracaso profesional. En verdad os digo que no hay como ser asno para tener suerte.

Estudiar universitariamente significa dedicar preferente atención a las preguntas inútiles del programa, es decir a casi todas las preguntas, porque aquel que sepa responder mejor a tales preguntas será, no lo dudéis, el que obtendrá las más altas calificaciones. Todos los profesores de todos los siglos han pensado con sobrada razón que el vil utilitarismo debe ser desechado del templo de la ciencia y que el verdadero sabio es aquel que, elevándose sobre el resto de los mortales, llena su cabeza de pequeños detalles inconexos que el aludido resto ignora, so pretexto de que no sirven absolutamente para nada. ¡Funesto error! sirven para embaucar ingenuos, que es el exacto equivalente de hacer carrera. El mal estudiante que pretenda tener, al fin de sus estudios, una idea más o menos completa del conjunto de su ciencia, y que crea que el médico aprende para curar, descuidará las sutilezas científicas, perderá miserablemente su tiempo y llegará viejo, si es que llega alguna vez, a la posesión del ansiado pergamino.

Hasta aquí la parte teórica. Pero la enseñanza de la medicina es teórico-práctica. La parte teórica ya la conocéis ¡oh jóvenes!, consiste en leer y